

años después, y que quizás llevan publicando lo mismo desde 1980.

Hay otros temas a destacar del volumen: en primer lugar, la disposición de los capítulos, que van del presente más inmediato al pasado más lejano, desde ahora hacia atrás, demostrando que es posible subvertir la cronología tradicional sin que el mundo se hunda. En segundo lugar, la soltura vilariana, ese como desparpajo metodológico que sabe vestirse con el más serio de los trajes, cuando, en su empeño por lograr una historia de Cataluña entroncada con el mundo europeo, suelta párrafos tan maravillosos como el siguiente: “En 1906 coincidían en Estocolmo los dos hombres que más han reflexionado sobre las relaciones entre estructuras sociales y estructuras nacionales. Se llamaban Lenin y Stalin. No sabían nada del hecho catalán. Y Prat de la Riba no sabría mucho acerca de ellos. Esto significa que cada momento del mundo plantea ciertos problemas a los hombres” (p.47). Esta desenvoltura, esta libertad, no sabemos muy bien cómo llamarlo, son fantásticas: “Recordemos que Cervantes, en 1615, evoca a la vez una Barcelona “archivo de cortesía” y, a sus puertas, “cuarenta bandoleros vivos” por “cuarenta bandoleros colgados”. Su Roque Guinard es novelesco con ganas, a la misma distancia de lo real que de lo imaginario.

Es la América del siglo XX vista por el *western* y la novela negra” (p.88). Y a propósito de la romanización: “no es necesario subestimar en conjunto la obra de Francia en Argelia para ser capaz de afirmar que nunca hubo una Argelia francesa. Entonces, ¿se puede hablar de Iberia romana, de Galia romana? Uno querría preguntarle a Astérix, que, contrariamente a la creencia general, no es tanto una exaltación de “nos ancêtres les gaulois” como una historia de resistencia a la colonización” (p.110-111). Celebremos que en un texto que para nada participa de los procesos licuados o acuados de los llamados estudios culturales, el abad Oliva y Astérix compartan reparto.

Pero, ¿qué modo de hacer historia es éste? Una fecha, unas intuiciones, todo un mundo de prejuicios arrumbado. Las más profundas ideas, las asociaciones más osadas y productivas, expuestas como quien realiza juegos malabares. Con la más sólida de las sabidurías como decorado.

Welzer, Harald, *Guerras climáticas, Por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI.* Madrid, Katz, 2010, pp. 342.

Por Álvaro Caballero Nieto
(Universidad de Cádiz)

Desde los años setenta, cuando empieza realmente un interés formal hacia el cambio climático, se han llevado a cabo numerosos estudios sobre las consecuencias que puede deparar la acción antrópica en el medio ambiente. Sin embargo, no parece haberse observado bien la influencia total que tiene el clima en el ser humano, por lo que tampoco han sido consideradas en toda su plenitud las consecuencias totales del cambio climático sobre el modo de vida de los seres humanos en un futuro próximo.

Sobre esta situación, no tan alejada en el tiempo como puede pensarse en un primer momento, versa la obra que aquí se reseña. Para comprenderlo, debemos hablar en primer lugar sobre cómo ha evolucionado el antiguo discurso imperialista hasta el concepto de paradigma global, una transformación sutil que hace percibir que el mundo ha cambiado. Si bien, su fondo parece estar arraigado en la condición humana, al menos en sus reacciones y formas de actuación ante las problemáticas, especialmente en Occidente. El tema se aborda desde una perspectiva histórica, analizando la situación desde el siglo XIX, auge de los imperialismos, el siglo XX y algunos acontecimientos del siglo XXI así como otros más alejados en el tiempo. Estos aspectos son recogidos y analizados, a su vez, desde una perspectiva sociológica, económica y cómo no, ecológica.

El objetivo de este estudio es intentar conocer las consecuencias totales del cambio climático con la finalidad de dar a conocer al campo de las ciencias sociales una realidad a tener en cuenta en las investigaciones presentes. Su principal aportación es la magnitud del análisis, repasando todos los campos de la humanidad que pueden verse alterados por este fenómeno todavía anclado, erróneamente, en las ciencias naturales. No es un intento de predecir el futuro sino calcular cuales son las posibles vías que habrá si continuamos en la misma línea, intentando, de alguna forma, prevenir aquellos errores que ya sucedieron, y que, hoy día, se conocen bien.

El cambio climático puede generar, y de hecho genera, conflictos a pequeña y gran escala. Se puede comprobar en la vigencia del actual sistema capitalista que postula la lucha por los recursos y que conlleva la lucha entre diferentes países y regiones del mundo. En esta pugna por las materias primas el uso de la violencia tiene un papel fundamental. La violencia tuvo, tiene y todo parece indicar que tendrá, además con especial virulencia, un gran protagonismo en las relaciones internacionales y en el desarrollo político y social de todos los países del mundo. El aumento de las desigualdades en el panorama global son hoy día palpables, ante esto la solución precipitada y desesperada de millones de personas parece perjudicar a aquellas que disfrutaban del lado positivo de esta desigualdad. Por ellos vemos como la oleadas de inmigrantes hacia los focos de mayor riqueza económica se acrecienta en número y frecuencia. Desde estos focos de riqueza la solución radica en la prevención, en la delegación de funciones a unas fronteras cada vez más exteriores. En definitiva, la solución se basa en la negación de la responsabilidad, invirtiendo para ello un presupuesto enorme (véase la institución europea FRONTEX).

En los últimos años ha tenido lugar, quizás con poca difusión, uno de los primeros grandes conflictos provocados directamente por los cambios en el clima. Sin entrar a valorar en qué grado ha intervenido la acción humana en ese cambio, Sudán ha experimentado el comienzo de la problemática que imperará en este siglo. La falta de agua, de tierras fértiles y pastos para el ganado en una población donde más del 80% subsiste gracias a la agricultura o la ganadería provoca grandes hambrunas. La lucha por la supervivencia es real y para ello la violencia tiene un papel determinante. Como bien acierta decir el autor la guerra supone una auténtico negocio, donde los intereses de los países más desarrollados están presentes. De forma paralela se habla sobre las distintas ocasiones a lo largo de la historia en la que se ha practicado el genocidio como vía para la resolución de problemas, como una herramienta instrumental. Los ejemplos de Alemania, Ruanda, Turquía o Serbia son muy significativos, ya que se ve claramente cómo puede manipularse la ética y moral ante las circunstancias adversas, hasta el punto de justificar acciones que normalmente no son aceptadas. Otros de los recursos en estas situaciones es la ignorancia ya que la mayoría de los que lo vivieron no tenían constancia de estas prácticas.

Algunas de las catástrofes naturales ocurridas en los últimos años han dejado patente el poder de estos fenómenos para desestabilizar y crear un auténtico caos en sociedades aparentemente pacíficas y civilizadas. Este podría ser el caso del huracán Katrina a su paso por Nueva Orleans en el verano de 2005 donde se reveló las diferencias sociales existentes en la ciudad y la segregación de la población. Otras catástrofes medio ambientales que han complicado las condiciones de vida de miles de personas son la disminución del lago Chad, del río Jordán, o el caso del mar de Aral.

Mientras tanto la solución de los países más desarrollados no es eficaz, no hay cambios, ni instituciones globales para la defensa del medio ambiente, a pesar de ser ellos los responsables en gran medida de esta situación. Al contrario de lo que se podría esperar, la violencia se delega a empresas privadas, pero controlado por el estado, dedicando un enorme presupuesto para ello. Esto contribuye sin duda al permanente estado de guerra en el que viven multitud de países subdesarrollados, el ejemplo clave es África, donde el tráfico de armas y alimentos son las bases de su economía, es lo que se viene a llamar como mercados de violencia. Así puede observarse como han cambiado los actores en la guerra, los viejos conflictos entre países como representantes de distintas etnias ya no es la más extendida, hoy día se traspasan las fronteras. Es el caso del terrorismo, una forma de guerra con una gran capacidad de acción cuyo motivo suele ser la religión u otra idea supranacional o nacional. Del mismo modo puede definirse la lucha contra el terrorismo como terrorismo, como fue el caso de la guerra de Irak, bajo pretextos de seguridad.

El cambio climático no ha tenido la atención, ni la consideración para su solución que realmente merece. El autor lo explica a través de la estabilidad y el ascenso progresista de la Historia al que estamos acostumbrados. Otra explicación posible se encuentra en la percepción de los cambios, es decir, los problemas en la memoria y en la consciencia o incluso en el tiempo, ya que es probable que no se perciban de forma personal. Este fue el caso del estudio realizado entre los pescadores de distintas edades de California, para los más mayores había disminuido considerablemente la zona de pesca y el número de especies, mientras que los más jóvenes no habían experimentado cambios pero desconocían un gran número de especies. Finalmente, se concluye con el análisis

de los valores personales de las personas y sus cambios ante la amenaza y la venganza con violencia. De igual forma la responsabilidad y la conciencia social que se puede tener o no tener ante estos cambios

Para que todo esto pase lo mejor es no hacer nada y de hecho es lo que está ocurriendo. En esta posición hay muchos intereses y el cambio climático puede incluso jugar a favor de los intereses de aquellos que dominan mundo, ya que es una forma de generar riqueza con una posible tercera revolución industrial para adaptarse a las nuevas energías renovables. Aun así el que será el antiguo modelo energético sigue y seguirá durante bastantes años en funcionamiento, concretamente hasta que empiece a escasear de manera problemática su materia prima.

No obstante hay distintas formas de actuar y sustituir estos comportamientos, en palabras del autor saber esto y continuar haciéndolo es como él define lo mismo que un sociópata. Las reflexiones acerca de cómo se podrá solucionar esta crisis generaron varias respuestas. La primera de manera individual, por lo que es bastante ineficaz ya que el peso que juegan la mayoría de los ciudadanos es insuficiente. La segunda es la estatal y tiene bastantes posibilidades pero a nivel global es insuficiente, véase el protocolo de Kioto. Por último y en relación con la anterior la solución estaría en los organismos supranacionales pero ninguno pose tal potestad como para imponer decisiones de este calibre. En definitiva la única solución posible sería, ante la ausencia de alternativas, detener la contaminación para frenar, en la medida de lo posible, el cambio y prevenir un cambio más drástico del clima.

Ante este panorama queda la reflexión de cómo será el mundo cuando la lucha por los recursos sea extremadamente violenta, con un nivel que probablemente supere los ya conocidos. A pesar de estar más desarrollados que nunca, la supervivencia será más complicada en el futuro que en los últimos cuarenta mil años.